

LA POLITICA INTERNACIONAL EN EL PRIMER TRIMESTRE DE 1951

En los tres primeros meses de 1951 la actualidad internacional ha estado centrada en torno a tres acontecimientos principales: el desarrollo del conflicto coreano, tanto en el campo de batalla como en los debates de la O. N. U.; el viaje de Eisenhower a Europa, como fundamental esfuerzo para la realización de la defensa occidental, y la preparación de una conferencia de los Cuatro Grandes. Por consiguiente, estos tres acontecimientos han de constituir la principal materia de estos comentarios.

Si se ha de señalar una característica en el desenvolvimiento de la política internacional de nuestros días, ésta ha de ser la de la velocidad, hasta tal punto, que acontecimientos desarrollados a una distancia de tres meses se nos aparecen dominados por otros nuevos que han venido a alimentar precipitadamente la tensión internacional. Pero este mismo aceleramiento en la dinámica de la política internacional dota a los hechos acaecidos en un corto espacio de tiempo de una cierta perspectiva que nos permite juzgarlos en relación con las rápidas reacciones producidas en la opinión pública de los países y en las gestiones y debates de conferencias internacionales y gabinetes gubernamentales.

Estas consideraciones tienen una especial aplicación al caso del conflicto coreano. Desde el 25 de julio, en que tuvo lugar su iniciación por los norcoreanos, hasta el último día del año, la suerte de las armas había sido alterna y los soldados norteamericanos, que se habían visto en dura situación en el sector de Fusán, habían llevado su presión hasta las orillas mismas del Yalú, para verse después en el trance de retirarse ante el empuje de unidades chinas, con la conciencia de haber sido infructuoso lo logrado. Pues bien, en la mitad del tiempo, esto es, en los tres primeros meses del presente año, los azares de la lucha han sido mucho más rápidos y desconcertantes. Esta es la razón por la cual no puede hablarse ya de nuevas fases en la guerra coreana al compás del viento de victoria o de derrota que sopla sobre las banderas de los ejércitos, tal como habíamos hecho en nuestra Crónica anterior, sino que, aquella misma perspectiva a que antes nos referíamos, nos permite ver que todo lo sucedido en Corea desde el primero de enero no son sino episodios, pero sólo episodios, de la fase que se inició con la retirada de las fuerzas de las Naciones Unidas desde el río Yalú o, lo que es lo mismo, desde la decidida intervención de la China roja en el conflicto de Corea. Todo lo sucedido después, ya se considere como consecuencia de los varios esfuerzos de los ejércitos en contienda o como consecuencia de una política militar de más amplios propósitos por parte de uno de los beligerantes, está dominado por la presencia de la

China de Mao, con todo lo que esto supone en los órdenes militar y político-internacional. Obsérvese que si al comienzo del año la capital de Corea del Sur estaba a punto de caer por segunda vez en manos de los ejércitos comunistas, en este primer trimestre ha cambiado cuatro veces de manos, y por dos veces se ha planteado a las fuerzas de las Naciones Unidas el problema del cruce del paralelo. No caben más alternativas en tan corto espacio de tiempo.

Los acontecimientos militares que han tenido lugar en la península coreana durante el periodo de tiempo que nos ocupa, pueden reducirse a esquema del siguiente modo:

La ofensiva roja desencadenada por unidades procedentes de Manchuria, tras de romper las líneas aliadas y de producir el aislamiento de algunos núcleos importantes de las mismas, anuló los sucesivos intentos de resistencia al norte del paralelo, de tal modo que éste quedaba rebasado en los primeros días del año y el día 4 Seúl era ocupado. Inchón, Suwon, Wonjú fueron sucesivamente ocupados también y la penetración de los rojos los llevó hasta 45 kilómetros al norte del antiguo reducto de Fusán. Cuando, pese a los diversos intentos de resistencia y aun de ataque ofrecidos por las fuerzas aliadas en sucesivas líneas de defensa se encontraban éstas en situación bien distinta de la de hacía un mes, y sobre el mundo pesaba una penosa impresión sobre el porvenir que esperaba a las Naciones Unidas en Corea, acusada muy especialmente por la opinión norteamericana, los rojos iniciaron hacia el 24 de enero una sorprendente retirada, que ha tratado de explicarse de muy diversas maneras. De este modo los aliados perdieron contacto con el enemigo y se inició un fácil avance en que, sin demasiada resistencia, se volvieron a ocupar las ciudades y lugares estratégicos que acababan de ser perdidos, incluso la capital, Seúl, en que volvieron a entrar el 10 de febrero, ocupando igualmente Inchón y el importante aeródromo de Kimpo.

Lo que podía ser interpretado como un desmoronamiento del frente rojo por causa de las cuantiosas pérdidas experimentadas por las mejores unidades comunistas, exigió una explicación distinta cuando el día 12 de febrero éstas desencadenaron una nueva ofensiva que hizo perder a los aliados rápidamente lo recuperado en una semana. No bien ganada la proximidad del paralelo, los chinos comunistas rompieron el frente en unos 15 kilómetros, cercaron el núcleo del ejército aliado que defendía Chipgong e iniciaron una serie de penetraciones, obligando a la retirada. Se volvió a reparar el río Han, se perdió Hoengsong, se tuvo que evacuar el aeródromo de Kimpo, al oeste de Seúl, y la misma capital fué abandonada.

Sin embargo, las fuerzas aliadas no tardaron en reaccionar, y el día 22 de febrero el general Mac Arthur ordenaba el comienzo de la nueva ofensiva, la operación *Killer*, en el curso de la cual se volvió a cruzar el río Han y a avanzar, aunque lentamente y encontrando mucha resistencia, hasta recuperar Seúl el 14 de marzo. Al día siguiente se ocupaba Hongchong y cinco días después las fuerzas norteamericanas se encontraban a 21 kilómetros del paralelo. El cruce del mismo se le planteó al general Mac Arthur por segunda vez en el año 1951, y el fin del trimestre veía una cierta estabilización del frente al tiempo que el general norteamericano hacía unas sorprendentes declaraciones, a las que luego haremos referencia.

Estas rápidas oscilaciones en la marcha de los acontecimientos militares ocurridos en la península coreana han producido una serie de encontradas reacciones en la opinión del pueblo norteamericano, y se puede registrar un cambio notable desde la penosa experiencia producida por la ofensiva de la China roja a orillas del Yalú, hasta las repetidas ofensivas de los ejércitos de Mac Arthur. De considerarse necesaria la retirada de Corea por un amplio sector de esa opinión, se ha pasado a considerar que los norteamericanos podrían mantenerse indefinidamente en Corea. Mas, aunque parece evidente la superioridad aérea y la mayor potencia de fuego de las armas aliadas, no lo es menos que un examen objetivo de los acontecimientos militares lleva al ánimo del espectador la certeza de que el empuje rojo cuenta con una doble despensa, de elemento humano en China y de material de guerra

en Rusia, y que esta doble despena está protegida por la intangibilidad de las tierras situadas más allá del Yalú, con lo que se plantea una paradójica situación en la que las posibilidades militares de los aliados se encuentran muy reducidas para llevar a cabo una guerra total que anule al adversario. En todo caso, está demasiado claro que hasta ahora la iniciativa es de los comunistas y que éstos han impedido a los aliados volver a entrar en la Corea del Norte una vez que fracasó su avance hasta la frontera manchuriana, y que siempre que han desencadenado una ofensiva han vencido la resistencia aliada y han hecho perder lo ganado.

* * *

La agresión producida en tierras de Corea no sólo se encuentra planteada en un terreno estrictamente militar, sino que tiene una dimensión política tan importante en el actual cuadro de problemas internacionales que, desde las decisiones tomadas por la O. N. U. en junio del pasado año, ha adquirido un carácter absorbente en las actuaciones de esta organización internacional. Es necesario, pues, trasladarse del plano militar al político y considerar los debates que han tenido lugar en el seno de la Primera Comisión de las Naciones Unidas.

La situación de hecho que el conflicto de Corea ofrecía a las Naciones Unidas el primero de enero estaba determinada por estas dos realidades: la ofensiva victoriosa de los comunistas chinos, que empujaba hacia el Sur a los aliados, y el fracaso de la Comisión de los Tres en sus gestiones para establecer contacto con Pekín. Una tal situación hizo sentir en Estados Unidos la necesidad de que las Naciones Unidas condenaran a la China roja como agresora y adoptaran sanciones contra ella. En este sentido, la República norteamericana dirigió una nota a los 22 miembros de la O. N. U., con la cual se inician sus gestiones para obtener la condena moral y las sanciones subsiguientes que la agresión producida por China exigía. Pero los debates que en la Comisión Política se desarrollaron durante el mes de enero acerca de Corea recogen dos posiciones distintas. De un lado, la de los Estados Unidos, apoyada por el grupo de las naciones hispanoamericanas, buscando la condena del agresor, pero sin querer violentar la peligrosa unidad de las naciones del llamado mundo libre. De otro, la de las potencias occidentales, que, comprendiendo el hecho de la agresión, no quieren lanzarse precipitadamente a una condena que pudiera agravar la situación. Además, el bloque de los países árabes y asiáticos, siguiendo la dirección de conciliación entre las dos superpotencias en pugna patrocinada por el primer Ministro de la India, buscaba a toda costa una posibilidad de negociación. No hay que olvidar que la celebración en Londres durante la primera quincena de enero de la Conferencia de la Commonwealth supuso, a este respecto, un freno considerable a la actitud de los Estados Unidos. En virtud de este juego de fuerzas se ha de interpretar el voto favorable de los Estados Unidos al Plan de cinco puntos propuesto por la Comisión de los Tres en la sesión del día 11, para llegar a unas negociaciones, previa la orden de alto el fuego. Acheson puso de manifiesto en su conferencia de prensa del 17 de enero que la adhesión de Washington a aquel plan no era expresión de una política de apaciguamiento; el delegado de Estados Unidos en las Naciones Unidas, por su parte, al explicar la adhesión de su país, sobre insistir en la necesidad de que el mundo reconociera la naturaleza de los hechos de agresión cometidos en Corea, hizo presente la necesidad de no violentar la unidad de los Estados miembros de la organización.

Este plan de alto el fuego fué contestado por China el mismo día 17 con una extensa declaración de su Ministro de Asuntos Exteriores, Chou En-Lai, al final de la cual proponía cuatro puntos, con arreglo a los cuales debía intentarse la solución pacífica del problema coreano y de los demás planteados en el Extremo Oriente: 1.º, retirada de todas las fuerzas extranjeras presentes en Corea y solución por el propio pueblo coreano de sus problemas; 2.º, las negociaciones debían

comprender la retirada de las fuerzas norteamericanas de Formosa y del Estrecho del mismo nombre, así como todos los problemas relacionados con Extremo Oriente; 3.º, China debía participar en las negociaciones junto a Rusia, Inglaterra, Estados Unidos, Francia, India y Egipto, y su puesto en la O. N. U. debía ser reconocido desde el comienzo de la Conferencia; y 4.º, la Conferencia de los Siete debería celebrarse en China.

A tenor de las posiciones que antes hemos señalado, fueron las reacciones de las potencias occidentales. Los Estados Unidos presentaron el día 20 a las Naciones Unidas un proyecto de resolución condenando a la China comunista como agresora, solicitando que se adoptaran las medidas exigidas por las circunstancias y se examinaran las que en el porvenir debían ser tomadas, sin perjuicio de, continuando la política seguida por las Naciones Unidas para el cese de las hostilidades, crear una Comisión que ofreciese sus buenos oficios a Pekín. Pero la actitud de gran reserva de las demás potencias ante el temor de que las circunstancias se agravaran y se cerraran todas las posibilidades de negociación, no dejaron de influir en el segundo proyecto de resolución que los Estados Unidos presentaron a la Primera Comisión, en el que solamente se pidió ya la condenación del agresor, sin solicitar la adopción de sanciones. En este segundo proyecto se pedía la creación de un Comité compuesto por miembros de la Comisión encargada de las medidas colectivas que examinase rápidamente las que a título adicional debían tomarse contra la agresión e informar de ello a la Asamblea general; además, se solicitaba del presidente de la Asamblea la creación de un Comité de Buenos Oficios para servir el deseo de las Naciones Unidas de hacer cesar las hostilidades en Corea. La difícil posición que los Estados Unidos se crearon en la Organización Internacional por mantener una actitud enérgica llegó hasta crear en la opinión del país la sensación de que era casi necesaria la separación de los Estados Unidos de la O. N. U. Inglaterra rechazaba la adopción de medidas contra China, pero aceptaba la declaración de la misma como agresora, queriendo conjurar el peligro de una grave separación con Washington. En este sentido fueron las declaraciones de Attlee a la Cámara de los Comunes en el debate del 23 de enero. Con la aceptación de la condena moral de la China se quería enlazar con la posición de los Estados Unidos; en la oposición a la adopción de sanciones, gravitaban la Conferencia de la Commonwealth que acababa de celebrarse, el reconocimiento inglés al régimen comunista de Mao y el peso de las decisiones de los países árabes y asiáticos. El esfuerzo de los Estados Unidos por ganarse la unanimidad de las potencias miembros, especialmente de aquellas que lo eran también del Pacto del Atlántico, por razones que son más que evidentes, y de los países pertenecientes a los mundos asiático y árabe, por ser de tanta importancia que éstos adoptaran una actitud favorable a una resolución que a Asia se refiere, inspiró las actuaciones de W. Austin durante las sesiones que tuvieron lugar antes de la del 30 de enero, en que la resolución americana fué puesta a votación.

En este mismo espacio de tiempo la India, como portavoz de la sólida resistencia ofrecida a la resolución por los países asiáticos, aludió repetidas veces a los peligros que una tal propuesta podría acarrear y se obstinó en esclarecer las posibilidades que a un arreglo ofrecían las respuestas de Pekín, no considerándolas como un portazo definitivo a cualquier negociación. Sir Benegal Rau dió a conocer a la Comisión Política un nuevo proyecto chino de «alto el fuego por tiempo limitado» simultáneo a la celebración de una Conferencia de las Siete Naciones. El 25 de enero, interpretando favorablemente a sus deseos el cese de la ofensiva comunista de primero de año, lo cual no debe dejar de ser tenido en cuenta al relacionar la marcha de las operaciones militares con los acontecimientos políticos de la O. N. U. sobre Corea, el delegado indio presentó una revisión del proyecto de resolución de los Doce. Por último, el 30 de enero, fecha de la votación de la resolución de los Estados Unidos, notificó que «el Gobierno indio ha sido informado el 28 de enero del hecho de que Pekín consideraba que la proposición de los Doce constituía una base razonable de regulación pacífica». Un día después de haber advertido a

las Naciones Unidas: «El Gobierno de la India ha sido informado de fuente muy autorizada que, una vez adoptada una resolución que condene al Gobierno de Pekín, no existirá ninguna esperanza de negociaciones.»

Sin embargo, la resolución americana fué sometida el 30 de enero a votación, no, ciertamente, sin haber sufrido aquellas enmiendas que permitían el acercamiento de Inglaterra y Canadá a los Estados Unidos. La votación fué favorable en la Comisión Política a la resolución norteamericana por 44 votos contra 7 y 8 abstenciones. El 1 de febrero la Asamblea general condenó igualmente como agresora a la China comunista por 44 votos contra 7 y 9 abstenciones.

* * *

El examen de los debates que han tenido por escenario la Primera Comisión de las Naciones Unidas, así como la marcha de las operaciones militares durante el primer trimestre de 1951, fuerza necesariamente a hacer algunas consideraciones acerca de la crisis política planteada dentro del grupo de países del que se ha dado en llamar el mundo libre. Los Estados Unidos se han visto lanzados a una intervención militar en la que las posibilidades de una victoria rápida y eficaz han desaparecido por completo y, al mismo tiempo, el complejo de fuerzas que han adquirido relieve en la O. N. U. cuando se ha planteado la necesidad de condenar y proceder contra la intervención china, parecen conducir a una nueva versión de la política de apaciguamiento, que la política del Departamento de Estado ha querido rechazar explícitamente repetidas veces. De todo ello se ha derivado una sensación de confusiónismo que ha acusado la opinión pública norteamericana y que han recogido los observadores europeos. Un exponente de este confusiónismo lo han dado las repetidas ocasiones en que el cruce del paralelo se ha planteado. Ciertamente, los Estados Unidos se han encontrado con una actitud negativa ante el cruce por parte de las Potencias occidentales, especialmente de Inglaterra, pero también en el Departamento de Estado ha existido una gran indeterminación acerca de este problema. Baste citar la contradicción en que han incurrido Truman, de un lado, y el secretario de Defensa, Marshall, de otro. El primero, en la Conferencia de Prensa del 15 de febrero, consideró que el cruce del paralelo era una cuestión de índole militar y que, por tanto, a las autoridades militares correspondía resolverla; Marshall, el 28 de marzo, señaló que el cruce del paralelo era un asunto político. En estas indecisiones hay que ver algo más que una divergencia de opiniones, pues revelan falta de criterio con respecto a los fines de la guerra coreana, a la luz del cual hay que interpretar las declaraciones del general Mac Arthur. Prescindiendo de otras anteriores, en la de 8 de marzo puso de relieve el comandante en jefe norteamericano que la guerra no podría ser ganada con las limitaciones políticas que frenaban sus decisiones y que para alcanzar la victoria era necesario tomar unas resoluciones que estaban fuera de su jurisdicción. En su declaración posterior del 24 de marzo, que tanto relieve alcanzó, su ofrecimiento a conferenciar con el comandante en jefe enemigo tiene una grave significación. Si la guerra coreana no tenía otro sentido que la liberación de la Corea del Sur, no debían plantearse dudas acerca del cauce del paralelo y debía inmediatamente negociarse con el enemigo la terminación del conflicto. Si, por el contrario, la intervención militar tenía por objeto eliminar las posibilidades de fricción internacional ofrecidas por la división arbitraria de la península mediante la unificación de Corea, debían tomarse las resoluciones pertinentes a una guerra total, atacando al agresor en sus intangibles bases manchurianas.

El revuelo alcanzado por las declaraciones de Mac Arthur ha sido grande, tanto en los países europeos como en los propios Estados Unidos, por las complicaciones que de ellas se temieron. No faltaron afirmaciones en el sentido de que si se conseguía la solución de conflicto tan espinoso, todo el mundo debía agradecerse a quien hubiera facilitado la solución pacificadora, fuera éste quien fuere. Las

declaraciones de Mac Arthur trajeron como consecuencia, primero la desautorización del general por no haber éste consultado previamente con las autoridades políticas y militares de Washington, luego la destitución del comandante en jefe. Grave medida ésta, que no corresponde ya comentar en esta Crónica. En todo caso, es clara la polémica entre dos corrientes de opinión: la de los partidarios del cruce del paralelo a ultranza y la aceptación de una guerra total con el agresor chino, con todas sus consecuencias, y la de los que se oponen al cruce del paralelo, debiendo limitarse la acción de las armas aliadas en Corea al restablecimiento del *statu quo* violado.

Pero este restablecimiento del *statu quo*, bien se entienda que no otro debe ser el fin de la guerra coreana, bien que se acepte como mal menor, supone siempre un aplazamiento de la solución que demanda el problema planteado en aquella península asiática y la conservación de una zona de fricción, de las que tan hábilmente sabe manejar Rusia para sus propósitos políticos. Teniendo en cuenta, además, que la presencia e influencia de Pekín en la Corea del Norte ha de ser mucho mayor después de la intervención de sus fuerzas en la guerra. Es decir, que la conjuración del peligro de una extensión del conflicto no sólo no parece lograrse, sino que más bien parece conservarse con su carga explosiva renovada.

Todo esto puede ser expresión de la tendencia a hurtar el abordamiento de los problemas con decisión, aceptando las consecuencias que de su solución puedan derivarse. Se dirá, que en el orden político, los Estados Unidos han ido todo lo lejos que podían al pedir a las Naciones Unidas la condenación de la intervención de la China roja; pero ahí está también su voto aceptando el Plan de cinco puntos de la Comisión de los Tres, que implicaba aceptar la discusión sobre la cuestión de la representación de Pekín en la O. N. U., lo cual es algo que, no hay que olvidarlo, está en los orígenes mismos del conflicto en cuestión; la creación de una Comisión de Buenos Oficios y, sobre todo, la separación de la condenación que se pide y las sanciones subsiguientes, con lo que la primera se convierte en algo meramente moral y sin efectividad alguna.

Con esto no queremos ignorar que la inclinación a negociar con el agresor ha partido especialmente de las potencias europeas y asiáticas, y de que sobre los Estados Unidos se ha hecho pesar el dilema de violentar la más que nunca necesaria unidad del mundo no comunista, de persistir hasta el fin en su actitud.

* * *

La unidad de dirección, por el contrario, del bloque soviético, se deduce de la unidad de dirección que Moscú imprime a la política del mismo. Los problemas internacionales que constituyen hoy los grandes motivos de la actualidad internacional, se encuentran suscitados en la vasta periferia de la U. R. S. S., y en ellos están patentes las intenciones políticas rusas, que saben especular con la variedad de problemas que ofrecen los países occidentales (indecisión americana en Asia; recelo francés frente al rearme alemán; etc.).

Las Conferencias del Pacto del Atlántico que tuvieron lugar en la última parte del año 1950 culminaron con el nombramiento de Eisenhower como comandante en jefe de las fuerzas atlánticas y, por consiguiente, con la iniciación de los preparativos para poner en marcha el mecanismo defensivo occidental. Durante el mes de enero el general Eisenhower hizo un viaje por todos los países europeos del Pacto, que significa la iniciación del difícil cometido que le ha sido asignado. No se puede decir que de este viaje se hayan derivado conclusiones precisas para la constitución del Ejército atlántico; más bien la misión del general en este caso ha sido la de explorar las posibilidades de cada país del Pacto, su contribución al esfuerzo militar común, la actitud de los Gobiernos y la mayor o menor medida con que cada país se dispone a defenderse y defender a la comunidad occidental. Después de su viaje, el general ha informado a los Estados Unidos sobre el resultado del mismo.

Su contacto en cada país le permitió escuchar a las personalidades de los Gobiernos y a las distintas autoridades militares. Sin embargo, su relación con las personalidades alemanas ha sido escasa, y solamente tuvo lugar en el curso de la recepción dada por el Alto Comisario americano McCloy, a la que asistieron los jefes del Gobierno federal y de los Länder, así como dos generales alemanes que habían sido invitados. El general Eisenhower hizo una declaración, al partir de Alemania, favorable a la honorabilidad del soldado alemán, que ha sido interpretada con justeza como un intento de remover los obstáculos que por parte de algunos occidentales pudieran existir con respecto al rearme de la Alemania occidental.

El balance arrojado por la visita de Eisenhower a Europa puede ser el de que Europa está dispuesta a colaborar con la iniciativa norteamericana para la defensa del Occidente, pero que no puede hacerlo por sí misma y necesita en gran medida de la contribución de los Estados Unidos. El comentarista de «Le Monde» deducía del informe presentado por el Comandante en Jefe a su regreso a los Estados Unidos que la principal conclusión a deducir era la de que los Estados Unidos debían producir grandes cantidades de material, tanto para sí mismos como para los aliados, y que esa aportación de material debía efectuarse no sólo de manera abundante, sino también rápidamente.

Dentro del cuadro de problemas que presenta la defensa occidental, la inclusión de Alemania en la misma, constituye quizá el tema de más importancia. Los puntos de vista, a este respecto, entre los Estados Unidos y Francia son distintos. En tanto los primeros quieren incorporar a la Alemania occidental a las tareas defensivas atlánticas, la segunda ha manifestado de diversas formas el recelo que le inspira la idea de una Alemania incorporada a un sistema militar, con unidades de alguna importancia y con cuadros de mando alemanes. La visita de Plevén a Norteamérica y las detenidas conversaciones que ha mantenido con el Presidente Truman en los últimos días de enero, revisten una especial importancia en el común accrecamiento de los respectivos puntos de vista sobre la complicada realidad internacional, pero muy especialmente sobre el problema del rearme alemán. Es indudable que la ordenación de esa defensa prescindiendo de la aportación germana constituye un grave riesgo en el que los Estados Unidos no están dispuestos a incurrir. En torno a la formación del Ejército europeo y a la participación en el mismo de la Alemania occidental, se celebró el 15 de febrero en París una Conferencia, a la que se sometió un memorandum francés con este objeto. La formación de un Ejército europeo fué dibujada ya por Churchill en Estrasburgo en el verano de 1950. Esta idea, recogida por Schuman, se convirtió luego en el Plan Plevén. El proyecto francés aboga por la creación de un Ministerio de Defensa europeo y un Ejército europeo fundido y perfectamente unificado, que no sea mera yuxtaposición de las fuerzas suministradas por los distintos países. De este modo se quiere superar la etapa de los ejércitos nacionales, que se considera caducada, con lo que, además de ser un instrumento de seguridad, serviría para una mayor integración europea. Este Ejército estaría dirigido por un Comisario europeo de Defensa, en colaboración con un Comité europeo de Ministros, todo ello bajo el control de una Asamblea parlamentaria europea.

El ministro francés Schuman hizo constar en la primera sesión de la Conferencia que si el Ejército proyectado por el memorandum francés constituyese un inconveniente para la formación del ejército atlántico, se estaba dispuesto a abandonarlo, pero que se entendía que no sólo no se oponían sino que se complementaban. En cuanto a la participación de Alemania en ese Ejército sería con los mismos derechos que los demás países; mas, si prestamos atención a la forma en que se quieren organizar los contingentes armados del mismo, veremos que su estructuración en pequeños grupos de combate de un máximo de 5.000 hombres parece estar pensada con vistas a impedir la existencia de grandes unidades alemanas dirigidas por un Estado Mayor germano. De este modo la participación militar alemana quedaría diluida en una gran integración de fuerzas continentales europeas.

La principal objeción que se ha dirigido al Plan francés sometido a la Confe-

rencia de París ha sido la de su inoportunidad, puesto que viene a interceptar, pese a las protestas galas, la formación del ejército atlántico que quiere comenzarse a llevar a la práctica con el viaje de Eisenhower.

Estos recelos franceses sobre el rearme alemán coinciden con la preocupación rusa de impedir la incorporación de la Alemania occidental a los planes defensivos del Pacto del Atlántico, y explica el interés que Francia ha mostrado por que se llevara a cabo la Conferencia de auxiliares preliminar de un contacto personal entre los Cuatro Grandes.

Como es sabido, Rusia envió una nota el 3 de noviembre de 1950 solicitando la celebración de esta Conferencia sobre la base de los acuerdos concertados por Rusia y sus satélites en Praga, y en los que se decidía en cuatro puntos: que las cuatro Grandes Potencias hicieran una declaración contra la remilitarización de Alemania; que se suprimiera la limitación impuesta a la economía alemana, salvo en lo referente a la reconstrucción de su potencial bélico; que se llevara a término un tratado de paz con Alemania, y que se procediera en el plazo de un año a retirar las fuerzas de ocupación. La actitud de las potencias occidentales ha sido favorable a la realización de una Conferencia de los cuatro ministros de Asuntos Exteriores, pero siempre que se tratara del total de problemas que dan lugar al actual estado de tensión internacional, sin limitarse a Alemania estrictamente, como quiere Rusia muy decididamente.

La Conferencia de auxiliares se inauguró efectivamente en París el 5 de marzo y durante todo este mismo mes se sucedieron unas conversaciones que desde el principio fueron incapaces de adelantar un solo paso. El punto muerto de esta Conferencia es tanto más significativo si se considera que su fin no era entrar en el fondo de los asuntos, sino solamente preparar la agenda de la Conferencia posterior de los ministros. Ambas partes, Rusia y los países occidentales, presentaron dos agendas de tres puntos, en las que se pedía, por parte de Rusia: el cumplimiento del acuerdo de Postdam sobre la desmilitarización alemana y la prevención de una remilitarización en aquel territorio; la mejora de la situación de Europa y la reducción de las fuerzas en los cuatro países conferenciantes, y, por último, el Tratado de paz con Alemania y las retiradas de las tropas de ocupación de este país. Por parte de los occidentales los tres puntos propuestos en la primera sesión, fueron: examen de las causas de la actual tensión internacional en Europa y los medios para asegurar de un modo duradero las relaciones entre Rusia y los occidentales; la celebración de un Tratado para el restablecimiento de la independencia de Austria, y los problemas del restablecimiento de la unidad alemana y la preparación de un Tratado de paz con la misma. Claramente se ve la divergencia de los dos puntos de vista que se debatían en la Conferencia. Rusia, esgrimiendo el rearme alemán, trataba de impedir los planes defensivos del Occidente; los occidentales, sin soslayar los problemas relativos a Alemania, no querían sustraer a la Conferencia todos los problemas de los que se deriva la tensión existente entre la U. R. S. S. y el mundo no comunista. Rusia hizo, ciertamente, algunas concesiones que nunca, sin embargo, variaron sustancialmente su posición, y el mes de marzo concluyó con una Conferencia que confirmaba el pesimismo con el que los occidentales, principalmente los Estados Unidos, habían acudido a ella. Una vez más manifestaba Rusia su recelo para todo lo que significara unidad y defensa del Occidente, y buscaba la división del frente unido con que se quiere frenar el empuje militar y político del mundo soviético.